

SEMBLANZA DE NICOLÁS DIEZ VALBUENA

Gonzalo Barrena.

Echar la memoria atrás, a tiempos no vividos, es una tarea difícil. El recuerdo de mi abuelo vaga en las palabras de mi madre, lejanas ellas también de mi presente. No obstante, la pequeña biografía que publica "*Memoria del Norte*" intenta "atropar" de su figura -ese término del asturleonés- los retazos que pudieron llegar hasta mi tiempo, porque él falleció hace ocho décadas, a cuenta del frío, en el traslado de un campo de concentración a otro de la cruda Siberia.

A mi abuelo Nicolás lo arrancaron de su paraíso particular en dos ocasiones. La primera, cuando hubo de abandonar Asturias el 23 de septiembre de 1937, y su domicilio de Gijón en la Calle Pablo Iglesias, cuyos balcones me mostraba mi madre una y otra vez cuando volvíamos a pasar a su lado. Demasiadas veces, para ser fruto de la casualidad, me señalaba aquellos balcones grises en los que terminó una etapa dulce también -así se llamaba ella- de la historia familiar. Cuando partieron rumbo a Leningrado, mi madre tenía 19 años y acababa de terminar sus estudios de "practicante" (enfermería) en Salamanca, estudios que la propia guerra le había permitido poner ya en práctica en el Hospital de Campaña de Cangas de Onís, curiosamente en el mismo edificio en que aún trabajo como profesor de Filosofía.

El dolor de la partida estaba mitigado en el caso de mi familia por la suerte de ser pocos -mi abuela, mi abuelo y mi madre- y de ponerse a salvo juntos de la guerra. Con más de mil niños y decenas de educadores, zarparon de El Musel, en Gijón, la madrugada del 23 al 24 de septiembre de 1937.

Salieron y se libraron, esta vez los tres, de la tragedia. Y les sobrevino, como al conjunto de los niños, un tiempo trufado de nostalgia pero crecientemente feliz en la Unión Soviética. Leningrado, como el Gijón republicano, aparecían en el recuerdo de los míos como ciudades amables, preciosas... y con el mismo destino adversario. En Gijón, el maestro llevaba dos años fructíferos ejerciendo como tal en la Escuela Graduada de la Carretera de Ceares, antes de la evacuación. Y en Leningrado, serían tres los años de felicidad familiar. Dulce María, mi madre, trabajaba en un hospital; mi abuela Caridad Lueje contribuía al cuidado y ropa de los niños, y mi abuelo enseñaba matemáticas y geografía en las clases, con voz e imagen que llegan hasta nosotros en el metraje documental de la época. Fueron los años de caviar y pedagogía que afloran en el recuerdo de todos.

Pero en el invierno de 1940-1941 habría de tener lugar el segundo desarraigo del maestro, esta vez con detención y destierro, tras ser acusado de desafección al Régimen. Un destierro del que nunca regresó porque una neumonía, en el traslado de un campo de concentración a otro, cortó de raíz su vida y su vuelta.

La debilidad de las acusaciones, su fundamentación absurda, animaron un intento de revisión de la condena por parte de su mujer e hija, pero escasos meses después de su detención, el 21 de junio de 1941 la barbarie nazi se desató también sobre el espacio soviético y el frente alemán se incrustó al poco justo a las puertas de Leningrado. Las posibilidades de completar el proceso de rehabilitación se esfumaron entre la guerra y el cruel asedio que vivió la ciudad, con casi tres millones de civiles dentro y parte de nuestros niños también.

Mi madre se consolaba de algún modo con la tragedia del Cerco. Recordaba a mi abuelo fumando empedernidamente y deducía su muerte en aquel invierno durante el que falleció la mitad de los habitantes de Leningrado. Quería verlo así, quería aliviar la pérdida atribuyendo al destierro y a la neumonía que se lo llevó, el anticipo en unos meses de la que habría de ser su segura muerte. Que daban por cierta hasta que un telegrama, años después de la separación, confirmó el fallecimiento.

De ahí que, cuando paso junto a la Escuela de San Juan de Parres (Asturias) que él inauguró y regentó entre 1918 y 1934, se me escape el pensamiento a la remota Siberia de la que formaron parte los últimos días del maestro, natural de Vega de Gordón (León), cuyo destino, que discurría bien, se truncó dos veces por la guerra y por un mismo tipo de barbarie.